

## EPISTOLARIO DE JOSÉ ÁNGEL VALENTE: PUNTO DE ENCUENTRO



Claudio RODRÍGUEZ FER (Ed.)

*Valente epistolar (Correspondencia de José Ángel Valente con sus amistades)*

Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico, Publicaciones de la Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética. Serie Punto Cero, número 7, 2021, 378 pp.

La Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética de la Universidade de Santiago de Compostela ha publicado una veintena de libros alrededor de la figura, la obra y el legado del poeta gallego. A lo largo de los años, distintos autores, entre ellos Claudio Rodríguez Fer —director de la Cátedra—, han abordado la poesía, el ensayo e incluso la biblioteca de José Ángel Valente, que puede visitarse en la Facultad de Filología de la USC. Algunos de esos libros han sido reseñados en esta misma revista (vid. *José Ángel Valente: entre el decir y el callar* de Alfredo Saldaña, 2015, sobre *Valente Vital*). El primer número de la serie Punto Cero fue *Ensayos sobre José Ángel Valente* (2009) de Juan Goytisolo. Desde entonces se han publicado seis números más. El último, *Valente epistolar (Correspondencia de José Ángel Valente con sus amistades)*, editado por Claudio Rodríguez Fer, cuenta con la colaboración de catorce especialistas de distintos ámbitos.

Este libro nace, como indica Claudio Rodríguez Fer en la “Carta de presentación”, del encuentro llevado a cabo por la Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética en la Facultad de Filología de la Universidade de Santiago de Compostela, que tuvo lugar en noviembre del año pasado. En este coloquio se expusieron catorce relaciones epistolares de José Ángel Valente con distintos intelectuales, escritores y traductores, que influyeron en su producción e incluso en su trayectoria vital, como podrá comprobarse.

En el primer capítulo, Claudio Rodríguez Fer revela el hallazgo de una postal inédita que Luis Cernuda envió a Valente y que fue descubierta por el director de la Cátedra en uno de los libros de la biblioteca de Valente. Por esta razón, no consta, hasta ahora, en los epistolarios cernudianos existentes. En esta postal es de vital importancia la imagen, nada azarosa, que acompaña al texto: unos naranjos y, tras ellos, un paisaje nevado. Esta misma estampa ilustra la portada del libro. Las naranjas y la nieve son, pues, dos elementos y recursos que aparecen con frecuencia tanto en las obras de estos autores como en sus propias vidas. Además, en este capítulo se ahonda en la admiración mutua entre los poetas, patente en sus cartas. Estas no están exentas de menciones de amistades importantes para Cernuda, como Sebastian Kerr y Carlos-Peregrín Otero. En las últimas cartas de Cernuda a Valente

se refleja su cansado estado anímico antes de morir. Tras su fallecimiento, Valente siguió siendo leal al autor, del que se conservaban más de 35 libros en su biblioteca y al que llevó unas siemprevivas a su tumba, motivo del poema “A Luis Cernuda, con unas siemprevivas”.

Dolors Perarnau Vidal trata la relación entre Valente y Ramon Xirau, cuyas cartas se conservan inéditas. La autora constata las similitudes existentes entre los escritores. En primer lugar, ambos escribieron, además de en español, en catalán (Xirau) y en gallego (Valente). A lo largo de su vida, ambos hicieron referencia a la creación en sus propias lenguas como algo espontáneo. En segundo lugar y en el ámbito más familiar, los dos sufrieron la pérdida de un hijo. En tercer lugar, sus tradiciones autóctonas los inspiraron en numerosas ocasiones. En cuarto y último lugar, compartieron referentes literarios y filosóficos y, en especial, la concepción de la poesía como forma de conocimiento. En sus cartas tratan, sobre todo, temas literarios y de publicación. Finalmente, se deja constancia de los dos encuentros que tuvieron Valente y Xirau, lo que propició un tono más amistoso, reflejado epistolarmente. El capítulo se cierra con el diálogo entre los poemas “Cerámica con figuras sobre fondo blanco” de Valente y “Natura morta” de Xirau.

Manuel Fernández Rodríguez dibuja una aproximación al intercambio epistolar entre Valente y Rafael Gutiérrez Girardot, donde se aprecia una amistad que los unió por 40 años. Ella pudo deberse a la comprensión mutua por vivir situaciones similares, como el autoexilio, tema recurrente en sus obras. Asimismo, Girardot apoyó a Valente en su proceso por “El uniforme del general”. Esta es una prueba más de la expresividad que mostraba Girardot en sus cartas a Valente, al que llegó a confesar valoraciones críticas de obras de autores como Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. Además, sus cartas reflejan el mundo literario y cultural compartido. Se ofrecieron a colaborar mutuamente en distintas revistas y Girardot incluso envió algunas traducciones llevadas a cabo por él mismo a Valente, confiando en su experiencia como traductor para organismos internacionales.

Olga Novo trata no solo el epistolario entre Valente y Vicente Risco, sino que también aborda el influjo de este en aquel. El propio Valente reconoció a Vicente Risco como maestro, sobre el que escribió artículos y al que dedicó *Cántigas de alén*. Entre estos autores no solo existió admiración, como muestran las 16 obras de Risco que se conservan en la biblioteca de Valente, sino que también tuvo cabida una relación más familiar, como apuntan las tres postales de Valente a Risco, cuyas imágenes, como sucedía con la enviada por Cernuda a Valente, no son aleatorias.

Carmen Blanco traza la conexión entre Valente y Rafael Dieste, quienes, si bien no llegaron a conocerse en persona, estuvieron conectados gracias a María Zambrano y Carmen Muñoz. En este capítulo hallamos una importante exposición de la vida y el compromiso social de Rafael Dieste y Carmen Muñoz, su esposa, así como el valor de ambos ante el estallido de la Guerra Civil y el arduo trabajo literario y cultural que desempeñaron en el exilio. Una vez iniciada la relación epistolar entre Valente y Dieste se aprecia la confianza que el primero deposita en el segundo, ya que le pide ayuda con la revisión de sus *Sete cántigas de alén*. Tras su supervisión, Valente acepta dieciocho cambios de entre los propuestos por Dieste.

Armando Requeixo expone la relación de amistad que unió a Valente y Antón Risco, hijo de Vicente Risco, desde la juventud hasta la muerte del segundo. No obstante, en sus cartas también tratan temas más profesionales, como las conferencias de Antón Risco sobre la obra de Valente o los distintos congresos en los que participó. Otras cartas permiten acceder a un panorama de intercambio de libros entre los autores. De especial interés son las cartas que recogen proyectos que finalmente nunca vieron la luz, como una nueva edición de *Poemas a Lázaro* prologada por Antón, una edición

de *La lámpara maravillosa* de Valle-Inclán por parte de Valente y, en este caso de la mano de Antón, un poemario gallego. En ninguno de los tres casos se sabe por qué estos proyectos no llegaron a efectuarse. Por otro lado, las cartas son un espacio en el que ambos autores mostraron sus dotes crítico-literarias. El ejemplo más sobresaliente a este respecto es el autocomentario que escribe Antón sobre su monografía de Valle-Inclán y que puede ser de gran interés para valentistas, risquianos y valleinclanistas, como apunta Requeixo. En último lugar, en algunas cartas se aborda la actitud de Antón como defensor de la postura posbélica de su padre tras su muerte, posición bien comprendida por Valente.

Arantxa Fuentes Ríos formula la relación especialmente literaria y editorial entre Valente y Cela, como director de *Papeles de Son Armadans*. Como poeta, a Valente le interesaba tener difusión en la revista de Cela y a este acoger a uno de los grandes escritores del momento. En sus cartas, Valente escribe desde la figura del poeta, mientras que Cela lo hace como editor. Cela elogió en numerosas ocasiones la poesía de Valente, a quien le pidió que prologase su *Poesía completa*. En sus epístolas están presentes también los nombres de otros autores, de entre los que destaca Caballero Bonald, quien actuó de nexo entre ellos.

María Lopo explica la conexión entre Edmond Jabès y Valente, quienes se conocieron gracias a José-Miguel Ullán en el exilio en París. A partir de ahí, los autores comienzan a escribirse, aunque su comunicación fue mayormente telefónica. Ambos se influyeron mutuamente, como prueba la presencia de una treintena de libros de Jabès en la biblioteca de Valente e incluso la existencia de un dossier sobre Jabès en el archivo del mismo poeta, también conservado en la Cátedra. No obstante, no fue Valente el único preocupado en que la obra de Jabès se difundiera, concretamente en España, pues, recíprocamente, Jabès se preocupó por dar a conocer a Valente en Francia.

Juan Manuel do Río Surribas estudia la correspondencia entre Valente y Emilio Adolfo Westphalen. Esta comienza con una profesión mutua de respeto y va evolucionando hacia una amistad profunda. Valente fue el promotor editorial de Westphalen en España. En primer lugar, trató de que la obra del peruano se publicase en *La Gaya Ciencia*, porque otra edición prevista en Alfaguara no llegaba a su término. Sin embargo, este proyecto tampoco se pudo materializar. Tras esto, la editorial Cátedra se ofreció como nuevo espacio para editar su obra, pero el proyecto tampoco se llevó a cabo. En todos estos casos desconocemos los motivos que impidieron la publicación de su producción tal y como preveía el autor. Finalmente, su obra fue publicada por Alianza Editorial, con prólogo de Valente. Asimismo, en las cartas intercambiadas entre los autores se deja constancia del interés y la preocupación de Westphalen por detalles editoriales no solo de índole textual, sino también estilística.

Cristina Fiaño muestra la convergencia entre Valente y Juan Gelman. Inicialmente, Valente ayudó laboralmente a Gelman y, junto con Xoán Anllo, formaron un grupo intelectual y amistoso. La mística judía fue el punto de unión entre ambos autores, que se relacionaron epistolarmente, pero también dejaron muestra de su relación amistosa en las cariñosas dedicatorias de sus libros. Ambos se mostraron preocupados por el contexto histórico que les tocó vivir y compartieron el dolor por la pérdida de sus hijos. Como amantes de la diversidad lingüística, escribieron en sus respectivas lenguas; de la gallega, Gelman escribe: «Qué hermoso el gallego». En adición, se interesaron mutuamente por las creaciones del otro, ya que en algunas cartas hablan de los períodos de tiempo en los que no se sentían inspirados y, además, Gelman pidió a Valente opinión literaria acerca de algunas de sus creaciones.

Adina Ioana Vladu presenta a J. M. Cohen como uno de los traductores más importantes e interesados en traducir a Valente al inglés. No obstante, su relación no fue meramente literaria, sino que

también sus familias entablaron una buena amistad. Las cartas entre ellos intercambiadas muestran el interés de Cohen por conocer la opinión de Valente sobre algunas de las composiciones que él tradujo, como “El moribundo”, “John Cornford” y “A don Francisco de Quevedo. En piedra”. Otras dejan constancia de proyectos que finalmente no se llevaron a cabo, como la traducción de “El visitante”.

Rosa Marta Gómez Pato ofrece un listado de las obras de Valente que fueron traducidas al alemán por traductores como Joachim Sartorius, Petra Strien, Federico Bermúdez-Cañete Fernández, Johannes Kabatek y Manfred Gruhler. No obstante, el interés de los traductores alemanes por Valente es similar al mostrado por Valente por traducir a Celan al español.

Cristina Marchisio emprende el primer estudio sobre la relación epistolar entre Enrique de Rivas y Valente. Esta comenzó gracias a María Zambrano y la revista *Settanta*, dirigida por Rivas. Debido a ese contacto, la traducción que hizo Valente de Montale se vio acompañada de un ensayo de Rivas en la revista *Plural* de Octavio Paz.

En el último capítulo, Saturnino Valladares aborda la correspondencia entre José Bento y Valente. Bento fue el traductor portugués de los clásicos españoles y de los grandes poetas contemporáneos, entre ellos, Valente. En sus cartas se refleja el interés de ambos por la traducción y Bento expone las dificultades que padeció para publicar su *Antología de Poesía Espanhola Contemporânea*. Asimismo, el intercambio de libros entre los autores muestra el interés mutuo por sus creaciones.

Como ha podido comprobarse, *Valente epistolar (Correspondencia de José Ángel Valente con sus amistades)* aúna algunas de las relaciones más importantes en la vida y la obra del gallego. El carácter inédito de algunas comunicaciones, como la postal de Cernuda, las cartas intercambiadas con Xirau o su relación con Enrique de Rivas, confieren al libro cierto carácter de antesala a estudios que podrán desarrollarse en el futuro. Otros capítulos permiten conocer el entramado del mundo editorial y literario de la época, como el dedicado a Cela y, especialmente, los que tratan la relación traductor-traducido, sin obviar la subyacente relación traductor-traductor del propio Valente con otros. Así, son los capítulos finales los que demuestran que no solo Valente, como traductor, se preocupó por traducir a Celan o Montale, sino que grandes personalidades como Cohen y Bento se interesaron por ayudar a expandir la obra del gallego en otras muchas lenguas. Como apuntan algunos de los colaboradores del libro, conocer el epistolario de los autores no nos permite únicamente acceder a sus relaciones más personales, sino que también nos ayuda a entender los procesos de creación, colaboración y difusión que muchas veces no se pueden apreciar tan fácilmente o que incluso no llegarían a revelarse de no ser por este medio.

**Laura PAZ FENTANES**

[laura.paz.fentanes@rai.usc.es](mailto:laura.paz.fentanes@rai.usc.es)

Universidade de Santiago de Compostela